

SOBRAS NATURALES

Arturo Torres Molina

SOBRAS NATURALES

Arturo Torres Molina



Capítulo 1

A veces por ser buena gente uno se complica la vida. Y no lo digo porque las personas me paguen los favores de mala gana o no me los paguen, solo creo que en ocasiones, una buena acción o una promesa, pueden tener historias u obstáculos de por medio. Algo así me pasó, cuando le prometí a Camila escribir un cuento para promover sus joyas y demás accesorios que vende. Lo pensaba hacer en mi computadora, aunque las cosas fueron cambiando sobre la marcha.

Mi máquina fallaba desde hace mucho tiempo porque ya era muy vieja, prácticamente eran dos cajas inútiles sobre una mesa. Estaba acostumbrado a usarla sabiendo que en cualquier momento se podría apagar; por eso era muy obsesivo con los textos que escribía y a cada rato daba un clic en el botón «Guardar».

En una noche de insomnio le mandé un mensaje a Camila para saludarla. La encontré en un momento creativo, pero a la vez con la mente en blanco. Me dijo que estaba creando estrategias de venta para sus productos y le pareció buena idea contar una historia sobre cómo se le ocurrió diseñar sus joyas y accesorios. Al saber que me gustaba escribir, me pidió ayuda. Acepté, me levanté de la cama y prendí la computadora para comenzar.

Pasaron unos minutos y la máquina por fin estaba lista; aunque las sorpresas empezaron, porque apenas había puesto una letra en la página de Word y un momentito después se fue la luz. Cuando eso pasa me comporto de una forma ridículamente cobarde, porque desde niño he pensado en que de verdad al apagar las luces, aparecen cosas o seres que no les gusta ser vistos y se sienten cómodos en la oscuridad. Si la luz se va y estoy en mi cuarto, lo que hago es abrir la puerta y salir al patio; pero la última vez que eso pasó, el cuarto todavía no contaba con la ruidosa reja de protección que actualmente tiene, la cual cierro con llave al irme a dormir. Aquella noche, salir hubiera sido un relajo, porque seguramente despertaría a mis papás, entonces, lo único que hice por impulso, fue abrir la puerta de adentro. Me tuve que conformar con correr la cortina de la ventana e intentar ver un poco de normalidad, para que mi miedo irracional desapareciera.

Luego de un rato la luz regresó, sin embargo, no fue de la mejor forma. Iba y venía como si alguien estuviera jugando con el interruptor. En vez de pensar en seres invadiendo el cuarto, me estaba desesperando por no poder escribir.

No sé cuánto tiempo pasó, pero hubo un momento en el que la luz regresó de manera definitiva. Aproveché para prender la computadora y ahí empezó mi tragedia. No encendía el monitor, únicamente se

escuchaba un pitido. Hice varios intentos para hacerla funcionar, aunque todos fueron en vano porque ya no sirvió. Me quedé sentado frente a la máquina, muy frustrado. Quise llamarle a Camila para explicarle lo que me pasó. Sé que le pude mandar un mensaje, pero no quería leer una respuesta seca de resignación. Algo así como un «no te preocupes», seguido de un emoji de una carita feliz, que para nada iba a representar el sentimiento que ella estaría viviendo.

Le marqué tres veces y no contestó. Bajé la mirada enfocándome en el teclado. Me encontraba muy molesto y ya resignado a no poder escribir. Mientras seguía ahí, la luz del baño se apagó por un momento, aunque al instante se volvió a prender, y en el cuarto la lámpara quedó encendida con una luz muy baja. De pronto, sentí un golpeteo que me recorrió desde el pecho hasta la cara; ese evento me hizo ver al frente y dejarme pasmado. Al levantar la mirada vi a Camila sentada en el monitor. Estaba descalza y usaba un vestido blanco.

Capítulo 2

Lo que tuve en mi cara fue su pie desnudo y frío dándome golpecitos. Me levanté de forma brusca y con miedo. Negando la situación le dije «¡Tú no puedes estar aquí!», mientras me miraba de forma burlona y riéndose, para luego hablarme por primera vez en esa noche.

—¿Solo puedes escribir en una computadora, tontito? —me dijo.

—¡No puedes estar aquí! ¡Esto no es real! —Le grité pretendiendo ahuyentarla.

El miedo me hizo caminar hacia atrás y logré encerrarme en mi baño. Ahí me sentía protegido, aquello era una locura. ¿De qué iba a estar protegido? ¿Del fantasma de una persona viva?

Pasó un rato y me salí del baño, pensando en que tal vez estaba alucinando. Eso no fue así. Noté que Camila esculcó mis cosas. Estaba parada y bastante quieta frente a la computadora, que ahora tenía el monitor roto.

—Dame la espalda, así como yo estoy —me dijo y le hice caso.

Por estar descalza, quizá no la escuché caminar, pero lo hizo y se puso atrás de mí. Sentí un escalofrío cuando me habló al oído y me tocó los hombros.

—Toma. Con esto también se puede escribir, morro —me dio ese consejo, entregándome una pluma.

—Yo me voy de aquí —le dije mientras avanzaba hacia la puerta, tembloroso, con la idea de irme a dormir a la sala.

—Lo siento, de aquí no sales hasta que termines el cuento que me prometiste.

Cuando terminó de darme su sentencia, me enseñó su celular y en la pantalla estaba el maldito emoji de sonrisa que no quería ver.

—Pero quédate tranquilo, estás en tu casa. Siéntate donde quieras. O bueno, aquí, ¿qué te parece?

Claro que estaba en mi casa. También Camila o lo que fuera, con su ironía y sarcasmo estaban, cosa que no le conocía. Me estaba sintiendo muy pendejo por tener una pluma en la mano y no tener en dónde escribir.

—Qué desorden de cuarto tienes, eh. Ya le hace falta una sacudida —me dijo interrumpiendo mi pensamiento, que todavía estaba en la búsqueda de una forma para salir de ahí.

Sentada en mi cama, decía cosas sin sentido y meneaba sus pies en círculos de forma muy rápida. Mientras veía sus extraños movimientos, también miré el suelo, y entre todas las cosas vi una hoja en la que dejó impregnada su huella. Vaya que me hacía falta limpiar. «Pues claro, voy a escribir aquí», pensé, entonces tomé la hoja, le di vuelta, y empecé a usar la pluma que me dio.

—Ya me estaba cansando —comentó Camila al ver que estaba por escribir.

Realmente no tenía idea de qué contar, pero me fui dando cuenta que todas las respuestas estaban en Camila. Su huella en la hoja me dio una idea para escribir algo.

Capítulo 3

Las respuestas a veces están en el piso. No siempre ver al frente te hará parecer un ganador, ni siempre encontrarás las respuestas mientras las buscas. Esa fue mi enseñanza aquel día

Estaba tan acostumbrado a mi teclado gringo, que olvidé escribir la «ñ». Me sentí muy bien escribiendo a mano. Hace tiempo que no disfrutaba una satisfacción tan básica, a pesar de que en ese momento lo estaba haciendo por obligación. Me quedé un rato contemplando el párrafo porque tuve un vacío de creatividad. Para llenarlo empecé a dibujar a lo pendejo, pensando que así me llegaría la inspiración y mientras lo hacía, me olvidé del fantasma de Camila, hasta que percibí un olor a cigarro y volteé hacia la cama.

— ¿Gustas? —me dijo después de darle la primera calada.

—¿Eso es necesario? ¡Nomás vas a apestar el cuarto y va a ser un desmadre quitar el olor!

Después de sacar mi enojo, Camila soltó su segunda carcajada de la noche, para luego decirme esto:

—Pues tómallo como una lección, para que veas que el cigarro hace daño.

—Acábatelo rápido por favor —le dije tembloroso

— Uy, pues el que se tiene que apurar creo que es otro eh.

Luego de tener ese corto diálogo, volví a ver la hoja y noté que la había desperdiciado al hacerle ese montón de dibujitos. Qué diferencia la de escribir a mano a la de escribir en computadora. En ella, de un teclazo podría borrar todo lo que no me sirviera; con una hoja y tinta, eso no era posible.

Enojado, le di unos golpes a la mesa y parecía que cada reacción mía activaba una nueva burla en Camila, que le dio por cantar:

—*Reloj, no marques las horas porque voy a enloquecer, reloj, detén tu cariño porque mi vida se apaga...*

—Qué oportuna tu canción —le dije y solo obtuve una sonrisa seca.

Ella cantaba, y yo seguía con la mirada fija en la hoja, hasta que se me ocurrió voltearla. Del otro lado estaba casi vacía; solo estaba la huella de su pie. Lo primero que pensé fue que Camila había pisado carbón, y que mi cuarto era un basurero. Tuve muy clavada la idea del carbón e hice

una conexión que me llevó a pensar en un lápiz. Empecé a buscar en el suelo uno, y sí lo encontré. Estaba gastado, quizá como a la mitad, pero con la punta muy fina, como si recién hubieran usado un sacapuntas en él.

Ya con la hoja volteada me decidí a escribir. Esa vuelta fue equivalente a un teclazo que borra palabras cuando no me sirven. Y ahora con el lápiz tenía la oportunidad real de borrar si así lo quería.

Capítulo 4

La idea del cuento ya estaba muy clara para mí: Camila caminó sobre la playa, y sin querer descubrió que con las conchas, caracoles, y demás cosas que el mar arrojaba, podía hacer algo más que verlas o guardarlas; las podía convertir en collares, aretes o estuches. Ahora yo tenía que expandir esa idea.

Mientras contemplaba la página casi blanca, Camila se acercó a mi librero. Se quedó mirándolo un rato y tomó un libro para luego recostarse en mi cama e intentar leerlo, pero solo lo hojeó un poco, porque cerró los ojos y terminó dormida.

Sin darme cuenta fui tomando con tranquilidad que algo paranormal ocurriera mi cuarto. Tal vez estaba descubriendo que el miedo solo dura un momento, y que si la incomodidad sigue, ya es ansiedad. Eso lo había leído muchas veces; ahora lo vivía. También estaba a punto de conocer la sensación de dejarme llevar por el lápiz, en lugar de ser yo el que le da poder. Pensé en las casualidades de esa noche para la línea conductora del cuento y todo me salió sin interrupciones:

En el mar he pasado grandes momentos. Sin importar en qué lugar o ciudad me encuentre, siempre hallo la tranquilidad que no me da ningún otro sitio.

Disfruto más una fiesta cuando es en la playa o cerca de ella. Diría que por momentos el mar se roba la atención que debería de darle a los que están a mi alrededor. Es imponente.

La última vez que estuve a la orilla del mar, me llevé algo más que un simple recuerdo. Estaba en una boda junto a la playa, y sin avisarle a nadie, me salí de la fiesta para caminar en la arena. Ya necesitaba quitarme los zapatos porque me lastimaban. Usar tacones no es algo que me guste mucho.

Lo único que buscaba era entrar en contacto con la arena, el agua, y la brisa. Avancé unos metros, sintiendo bajo mis pies bastantes piedras, muy frías. Al mirar abajo noté que eran un montón de conchas, y los rayos del sol, que ya se estaba metiendo, las hacían brillar de una manera muy bonita. Casi siempre cargo conmigo una cámara, y ese día no era la excepción; aproveché la oportunidad para hacer una foto.

*Quería llevarme algunas de recuerdo, pero la bolsa que tenía era muy pequeña. Ahí me llegó la inspiración. Descubrí que esas conchas bien podrían servir para guardar cosas y funcionar como bolsos pequeños, y

además, harían lucir muy bien a cualquier mujer.*

El mar me estaba regalando algo hermoso, algo para quererlo más.

Cuando estaba por irme, miré el cielo y el agua y dije «gracias». Luego de agradecer, alguien me tomó de la mano, y me di cuenta de que era una amiga. Al verla noté que tenía dos pulseras. De inmediato pensé que también podría hacer joyas y collares con lo que el mar me regalaba. Después de soñar despierta, me trajeron a la realidad:

—¡Camila! ¿Pues que no escuchas, mujer? Te estamos grite y grite y tú ni en cuenta.

—Perdon, ya iba de regreso.

Volví a la fiesta, pero el resto de la noche me quedé pensando en las sobras del océano, sobras de la naturaleza que por sí solas son obras, más bien. *Así fue como nació mi marca: SOBRAS NATURALES*.

Creo que nunca había escrito un cuento a mano. Diría que fue una gran sensación a pesar del entorno. Al escribir el punto final del texto, Camila se levantó de la cama y se sentó en ella. Volvió a hacer círculos con los pies y bostezó levantando los brazos para luego comenzar a aplaudir. Parecía como si el simple hecho de poner el punto le hubiera avisado del fin de mi cuento.

—Felicidades, amigo. Ya sabes para qué sirve un lápiz y una hoja de papel.

—¿Y ya puedo dormir o salir de aquí?

—Después de mí. Espero que a tu amiga le guste lo que escribiste. Yo ya cumplí mi trabajo. Te dejo.

Luego de esas últimas palabras caminó unos pasos y la puerta de mi cuarto se abrió automáticamente. Se fue. Me sorprendió ver que ya había amanecido. Me quedé con la hoja del cuento en la mano y yo estaba temblando mucho. Fui al internet más cercano y transcribí el texto para enviarlo a Camila. Pude tomar una foto y mandarla, pero no quería tener un solo rastro de esa hoja, por eso, después de salir de ese lugar, la quemé. No pasó mucho tiempo para que recibiera un mensaje de Camila, la verdadera:

—Muchas gracias por el cuento. Perdón por darte lata. Espero que hayas podido dormir bien.